

MARTE Y LOS MARTIANOS

En cada oposición del planeta Marte se suscita la cuestión de si está habitado o si no lo está. Los reporteros, siempre a la caza de noticias sensacionales, se despachan a su gusto y ayudados de la fantasía, hasta han visto en los platillos volantes, las astro-naves que les sirven de vehículos para darse un paseito por los espacios siderales y visitar, no solo la tierra, si no también los demás planetas del sistema solar.

Pero es que se han ocupado de la habitabilidad de Marte, astrónomos de fama mundial como Schiáparelli que, en su observatorio de Milán, llegó a ver una red de canales tan simétricos y bien alienados que no dudó en atribuirlos a seres inteligentes; y la idea de los canales de Marte hizo fortuna.

Mr. Lowell en su observatorio también vió los canales y ayudado de la fantasía pronto se convirtió en acérrimo defensor de los Martianos. «Marte, según Lowell, reproduce exactamente las estaciones como aquí en la tierra; durante los veranos, el agua baja de los polos y se distribuye por medio de los canales a todo lo largo del planeta y así asegura las cosechas.

Estos canales, de una longitud de más de cinco mil kilómetros, no pueden ser obra de la naturaleza y menos si atendemos a su rectitud y a su entrecruzamiento ya que parecen trazados por un agrimensor.

La forma redonda de los oasis es muy significativa pues los arquitectos martianos saben que la circunferencia es la forma mejor para embalsar la mayor cantidad de agua en un mínimo de superficie.

El agua que despierta el verdor de los canales, baja de las cercanías de los polos hacia el ecuador a medida que avanza la estación; es imposible atribuir este movimiento al peso del agua, pues el planeta está, como es natural, en equilibrio hidrostático, luego cabe pensar en un medio artificial hecho exprefeso. La vegetación martiana emplea 52 días para llegar a las regiones ecuatoriales. Esta reviviscencia vegetal recorre pues una longitud de 4240 kilómetros; lo que representa para el agua una velocidad de 80 kilómetros al día, algo menos de tres y medio kilómetros por hora y cosa extraña, el fenómeno es de una gran regularidad y estas particularidades indican evidentemente dice Mr. Lowell, que la naturaleza aquí no toma parte en estas manifestaciones y que los martianos lo hacen todo.

Marte, mas pequeño que la Tierra, está en un período más avanzado en su evolución, los seres inteligentes se hallan pues en un estado más avanzado en la civilización y para los ingenieros martianos es un juego infantil el trazado de canales de 5 mil kilómetros de longitud en un planeta favorecido por la disminución de la gravedad en su superficie.

Desde que empieza la fusión de las nieves acumuladas en los polos, todos los obreros se dedican a recoger las aguas tan escasas y las envían a los canales; de que medio se valen para lanzar el agua en cantidad torrencial y a razón de 80 kilómetros en 24 horas, es cosa que ignoramos.

A medida que avanza la avalancha acuática, los ribereños del canal, sin perder tiempo, abren las compuertas y riegan sus campos, sus prados y sus cosechas, la ve-



Fotografía de Marte.



Marte, según la observación de Schiaparelli.

getación renace pronto en las riberas de estos ríos artificiales, y estos fenómenos son los que vemos con nuestros telescopios.

Si bien no vemos a los martinianos, a los que probablemente no veremos jamás, ya que a esta distancia los más perfeccionados instrumentos serán impotentes a mostrarlos, no obstante vemos sus obras y el resultado de su trabajo, percibimos los efectos y adivinamos la causa.

Marte sin los martianos es inexplicable, en cambio la construcción de los canales lo explica todo, así pues, los martianos existen y el planeta, aunque en su agonía, nutre seres inteligentes».

Hasta aquí Mr. Lowell; cuando sus ideas fueron publicadas, causaron enorme sensación entre los científicos; las revistas técnicas las comentaron ásperamente, los cronistas científicos las tradujeron en lenguaje accesible al vulgo y añadiendo algo de su cuenta quedó establecida la afirmación de que Marte estaba habitado.

Los argumentos de Mr. Lowell tuvieron muchos contradictores, los canales solo son vistos por él y por el Sr. Schiaparelli y aún este último parece imbuido por las ideas del primero, pues confiesa que a veces lo ha visto completamente al revés.

Mr. Lowell invoca la perfección de sus telescopios y las óptimas condiciones de su observatorio en Flagstaff en el Arizona, a dos mil metros de altura, pero a pesar de todo cuanto viera en favor de los canales, estos no han sido vistos por ninguno de los observadores que, provistos de telescopios de gran potencia, siguen y van siguiendo sistemáticamente a tan interesante planeta.

Una de las dificultades que influye en la observación de Marte es la poca frecuencia de las épocas favorables, pues que, dada la gran excentricidad de su órbita, se aleja mucho de nosotros; de 53 millones de kilómetros pasa a 390 millones y naturalmente hay que aprovechar las épocas de mayor proximidad y estas se verifican cada 15 años.

Si a estas dificultades añadimos que no todas las noches son aprovechables para una buena definición telescópica con fuertes aumentos, veremos que en resumen el conocimiento del planeta es muy deficiente y persiste aún lo que se ha dado en llamar *el enigma martiano*.

Durante la oposición del año 1924, en la que el planeta se nos aproximó a 56

millones de kilómetros, se hicieron muchas y valiosas observaciones que tuvieron la facultad de desvanecer la leyenda de los canales y tanto en el observatorio de Yerkes como en el Monte Wilson, que son los que poseen los telescopios más potentes del mundo, no pudo vislumbrarse la red de canales que tanto entusiasmó al Sr. Lowell.

Gracias a los adelantos de la fotografía y a la potencia de estos colosales telescopios, se pudieron obtener magníficas fotografías del planeta, documento impersonal que no se deja subornar por ilusiones ni fantasías.

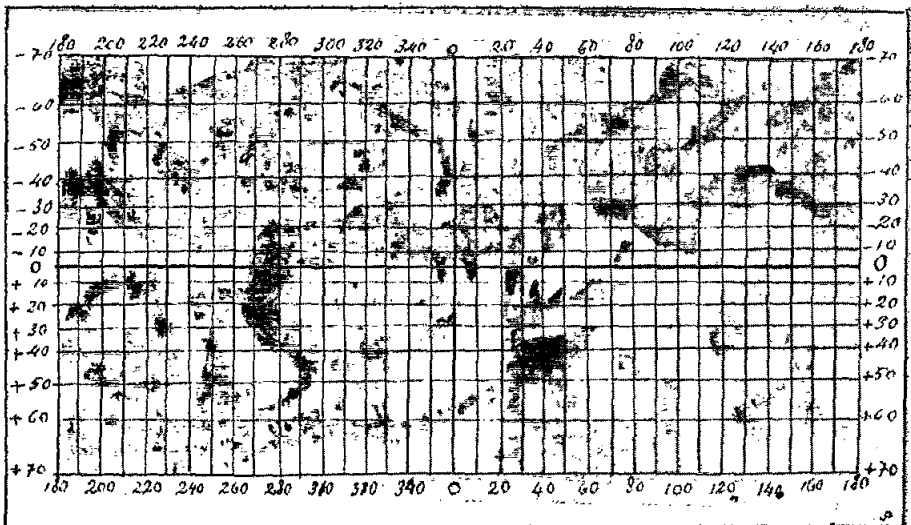
En estas fotos se ve una configuración muy parecida a la que ofrecería nuestra Tierra mirada a la distancia de 55 millones de kilómetros, sombras sin contornos definidos, golfos, bahías, continentes, algunos con forma redondeada, regiones de diferente coloración, casquetes polares de extremada blancura, pero nada de canales que puedan atribuirse a la iniciativa humana o a seres inteligentes.

En la oposición del año 1941, se obtuvieron los mismos resultados y las observaciones confirmaron lo observado en la oposición anterior o sea nada de canales rectilíneos y mucho menos aquella red o malla filiforme de que nos habla Mr. Lowell.

De los trabajos efectuados hasta la fecha, se deducen para Marte las siguientes características:

Primera.— La atmósfera de Marte es tan sutil que se calcula que la presión atmosférica en su superficie es de 64 milímetros, en la Tierra es de 760, un terrícola no podría vivir en una atmósfera tan enrarecida ya que corresponde a una altura de unos 20 kilómetros; los aeronatas como Mr. Picard, que se atrevieron a elevarse a 16 kilómetros, tuvieron que rodearse de unas precauciones extraordinarias para no morir asfixiados.

Segunda.— La temperatura del planeta Marte, según la ley de Stephan, se calcula en unos 37 grados bajo cero, no obstante, este cálculo viene modificado por las condiciones de su atmósfera, que dada su poco espesor, los rayos solares pueden penetrar más fácilmente y dar al planeta mayor temperatura, porque una es la tem-



Planisferio de Marte.

peratura del aire y otra la del suelo pues ya el explorador Nansen en su memorable expedición al Polo Norte, observó que un termómetro expuesto al sol sobre un trineo marcaba 31 grados sobre cero y la temperatura del aire era de 11 grados bajo cero, lo que da una diferencia de 42 grados. En Marte pues puede alcanzar, en las regiones polares, una temperatura de 5 grados sobre cero ya que vemos que se funden los hielos allí acumulados cuando uno de sus polos mira de cara al sol, y de 16 grados sobre cero en sus equinoccios.

Tercero.— La falta de agua debe hacerse sentir, las regiones que aparecen veladas por lo que podríamos decir nubes, nos inducen a creer que el agua en Marte está en su mayor parte en estado de vapor.

Un planeta en estas condiciones es probable que en su superficie pueda desarrollarse una fauna y una flora rudimentarias pero insuficiente para organismos superiores.

En nuestro sistema planetario, los planetas que mas probabilidades de vida orgánica pueden tener son Venus y Marte dadas sus respectivas distancias al astro central que les comunica la vida, nuestro Sol, sin cuya colaboración ninguna actividad orgánica sería posible.

El planeta Venus de un tamaño casi igual al de la tierra, disfruta de una temperatura superior por su proximidad al Sol, de su superficie poca cosa sabemos, pues se presenta envuelto en densa neblina.

Los demás planetas presentan características incompatibles con la vida tal como la concebimos en nuestro planeta; no obstante nada nos autoriza a dogmatizar sobre las probabilidades de vida en el universo. Al poder de Dios nadie puede poner límites y si se tiene en cuenta los millares de millones de soles que pueblan el espacio y que estos soles pueden tener varios planetas ayúdeme a pensar las probabilidades de vida que este razonamiento sugiere.

«Querer poblar el universo, es seguramente un buen pensamiento», escribía el gran astrónomo y ferviente católico Faye, «pero es necesario saber distinguir lo que es del dominio de la imaginación pura, de lo que pertenece a la ciencia positiva».

En todo tiempo hasta en las épocas en que reinaba la doctrina geocéntrica en los siglos III y IV, en los escritos de algunos Padres de la Iglesia, hallamos la tesis de la pluralidad de los mundos. Ni la filosofía espiritualista ni el dogma católico se oponen a semejantes elucubraciones.

Para muchos pensadores, el universo sin la vida es un contra sentido, pero podemos decir como Descartes, que no debemos presumirnos mucho de nuestra ciencia, pues Dios no necesita de nosotros para nada.

No solamente no es pecaminoso entregarse a estos pensamientos, sino muy recomendable ya que nos induce a pensar en una vida futura y en nuestro destino de una manera consoladora.

Varias son las obras publicadas por escritores católicos en las cuales se desarrolla la doctrina de la pluralidad de mundos habitados en consonancia con la fé, y en todas ellas se recomienda el estudio de la astronomía, como una de las ciencias que mas nos acerca a Dios.

JOSÉ PRATDESABA.